

LITERATURA Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

JOSÉ SARAMAGO*

RESUMEN

Dos opciones, con sus pros y sus contras, propone el importante escritor portugués para responder la pregunta de si la literatura, ya que no de manera material, puede transformar ética y axiológicamente la vida humana: al afirmarlo, encuentra que la expresión estética verbal, a pesar de haberse empeñado en ello en momentos precisos [la ilustración, el romanticismo, el realismo social] no ha transformado la sociedad de manera definitiva, pues, el mundo seguiría siendo como es sin la obra, por ejemplo, de Goethe. Al negarlo, basándose en la idea de que es la sociedad la que transforma la literatura, halla que esta es en sí un arte irresponsable, al que no se le puede achacar ni el bien ni el mal, y, por tanto, no es posible juzgarla, como pareciera ocurrir hoy día, como un arte frívolo que refleja la ideología vigente. Ante esta disyuntiva irresoluble, el autor propone, finalmente, dirigir la atención no al compromiso de las obras, sino de los autores mismos con su tiempo.

Palabrasclave: literatura, transformación social, compromiso, irresponsabilidad

ABSTRACT

Two options, with their pros and cons, proposes the important Portuguese writer to respond the question of if Literature, since not in a material way, can transform ethics and human life: when affirming it, he finds that aesthetic verbal expression, in spite it has pawned on it at precise moments [the Enlightenment, the Romanticism, the Social Realism has not transformed society in a definitive way, since the world would continue being as it is without the work, for example, of Goethe. When denying it, basing on the idea that it is the society the one that transforms Literature, he finds that this is by itself an irresponsible art, to which neither good nor evil can be attributed, and, therefore,

*. Escritor portugués. Premio Nobel de Literatura. Autor de maravillosas novelas en lomo a las problemáticas sociales de la actualidad. entre otras: *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *El evangelio según Jesucristo*. *La c"rem"*. *Ensayo de la lucidez*. El texto presente. aunque leído en el evento Foro Joven. realizado en Mollina (Málaga. España) en 1993. se publica por primera vez..

is not possible to judge it, as it seems it is happening nowadays, like a frivolous art that reflects the effective ideology. Faced with this indecisive dilemma, the author proposes, finally, to direct the attention not to the commitment of works, but to the own authors with his time.

Key words: Literature, social transformation, commitment, irresponsibility

Repito estas palabras lentamente (literatura, transformación social), pronuncio las sílabas como si en cada una de ellas todavía se escondiese un significado secreto esperando ser revelado o simplemente reconocido, intento reencaimmarlas para la integridad de un sentido primero, restaurarlas del desgaste del uso, purificarlas de las vulgaridades de la rutina, y me encuentro, sin sorpresa, ante dos vías de reflexión, quién sabe si las únicas posibles, recorridas ya mil veces, es cierto, pero a las que nuestro ineludible destino regresa siempre, cuando la continua crisis en la que viven los seres humanos (seres de crisis por excelencia, y humanos quizás por eso mismo) deja de ser cónica, habitual, para volverse aguda y, en poco tiempo, culturalmente insustentable. Como parece ser la situación del hombre que hoy somos y de este tiempo en el que vivimos.

La primera vía de reflexión, que desde ahora, y pidiendo perdón a quien piense lo contrario, calificaría de ingenua e idealista, será la de una tendencia muy corriente que consiste en incluir a la literatura entre los agentes de transformación social, entendiendo tal denominación, en este caso, no tanto como referida a las consecuencias sociales de los factores estéticos, pero sí a supuestas influencias determinantes, en el orden ético y en el orden axiológico, independientemente del carácter positivo o negativo

de sus manifestaciones. De acuerdo con este modo de pensar, y extrapolando, en beneficio del raciocinio, contenidos y formas históricamente diferenciados, para poder recoger en una única visión de enseñanza, la literatura y la cultura en general, tendríamos que coincidir hoy, ya pesar de los desmentidos trágicos de la realidad, con la panglossiana convicción de nuestros ochocentistas y optimistas abuelos, para quienes abrir una escuela equivalía a cerrar una cárcel. Que vengan las estadísticas escolares y judiciales a decirnos si la masificación de la enseñanza se ha configurado, de hecho, como suficiente prevención o como antídoto eficaz contra la masificación de los crímenes, que es, sin duda, una de las características de nuestro fin de siglo ...

Dejemos entonces las escuelas a un lado, dejemos a otro lado la cultura en general, dejemos el arte, la filosofía y la ciencia, para cuya adecuada ponderación me faltarían el saber y la autoridad, y volvamos a la literatura ya su relación con la sociedad. Vamos a mantenernos discretamente en los dominios de lo ético y lo axiológico (sin los cuales, hay que reconocer que cualquier examen de una transformación social determinada, sea cual sea su época, tendría que satisfacerse con poco más que una tabla de pesos y medidas) y reconozcamos, por mucho que esa verificación castigue nuestra confianza que las obras de los grandes creadores del pasado, de Homero a Cervantes, de Dante a Shakespeare, de Camoes a Dostoievski, a pesar de la excelencia de pensamiento y fortuna de belleza que diversamente nos han propuesto, no parece haber originado, en sentido pleno, ninguna transformación social efectiva, aún teniendo una fuerte y a veces dramática influencia en comportamientos individuales y de generación. En el plano de la ética, de los valores, del respeto humano, apetece decir, sin cinismo, que la humanidad (me estoy refiriendo, está claro, a lo que solemos designar mundo occidental) sería exacta-

mente lo que es hoy si Goethe no hubiera venido al mundo. Y que, reforzando esta idea, no consta que la lectura de los "Fioretti" de San Francisco de Asís hubiese salvado la vida a ninguna de las víctimas de la Inquisición ...

Es admisible, entonces, afirmar que la Literatura, aun cuando, por razones religiosas o políticas, se dedicó a un misionerismo de buenos consejos y a una ingeniería de almas nuevas, no solo no contribuyó, como tal, para una modificación positiva y duradera de las sociedades como provocó, muchas veces, insanos sentimientos de frustración individual y colectiva, resultantes de un balance negativo entre las teorías y las prácticas, entre lo dicho y lo hecho, entre una letra que proclamaba un espíritu y un espíritu que no se reconocía en la letra. Bastante más fácil sería, para quien se lleve a pecho descubrir en todas las cosas mutuas relaciones de causa-efecto, juntar pruebas de la maléfica influencia de la literatura (de una parte de ella, por lo menos) en las costumbres y en la moral, y por lo tanto en la sociedad, tarea, además, bastante favorecida por la presencia obsesiva, por ejemplo, de alguna de esas obras y alguno de esos autores en el imaginario sexual de millones de personas, alimentando fantasmas y fantasías a los que, de otro modo, faltarían referencias, modelos. en otras palabras, una completa filosofía de la vida. Entendidas así tales relaciones, y adoptando la actitud más común de lo que se imagina, de aquellos que creen que algo solo tiene verdadera existencia a partir del momento que existe la palabra que lo nombra, el sadismo se habría revelado al mundo cuando el Marqués de Sade, siendo un niño, le arrancó, por primera vez, las alas a una mosca, y el masoquismo también tuvo que esperar el día en que la pequeña alma de Sacher-Masoch, también en esa misma edad, e imitando, sin saberlo, el ejemplo de los místicos de todas las religiones, entendió, que era posible pasar del sufrimiento en el placer al

placer en el sufrimiento. Al cabo de eras y milenios, después de una larguísima espera, de tanto tiempo perdido, el sádico y el masoquista pudieron finalmente encontrarse, reconocerse como complementarios, y, de esta forma, inaugurar la felicidad.

Este camino, tan breve, por la primera de las vías de reflexión que se nos presentan, aquella que se asentaba en el presupuesto de que la literatura, independientemente del significado moral o amoral de sus expresiones, habría ejercido o ejercería todavía influencia en las sociedades, al punto de constituirse como uno de sus agentes transformadores, nos ha conducido creo, a una conclusión pesimista e intransponible: la de su irresponsabilidad esencial. Irresponsabilidad, digo, en el sentido restringido de que no será legítimo atribuir al ciclo de *La guerra de las dos rosas* de Shakespeare. Tomemos este ejemplo, la culpa de un eventual aumento, en número y en gravedad, de los crímenes públicos o privados en general, como de la misma manera no tendremos derecho de acusar al autor y a la obra de no haber podido lograr, gracias a lo que se espera ser la lección sancionadora y edificante de toda la tragedia, que los reyes y los presidentes se mataran menos y los particulares se respetasen más. Faltó decir, unos a los otros y a sí mismo.

Si la literatura es de hecho irresponsable, en la doble acepción de que no le puedan ser imputados aunque solo parcialmente, ni el bien ni el mal de la humanidad, y por lo tanto no estar obligada, tanto para penitenciarse como para felicitarse, a prestar declaración en ningún juicio de opinión, si, por el contrario, actúa, en su hacerse como un reflejo más o menos inmediato del estado de las sociedades y de sus sucesivas transformaciones, entonces, la segunda vía de reflexión propuesta, aquella que, quizá por excesivo radicalismo, precisamente acabaría por

enseñar la literatura como mero y obediente sujeto, hasta en sus revueltas, esa vía se interrumpe cuando aún no habíamos dado los primeros pasos, reconduciéndonos así irónicamente al punto de partida, a la bifurcación de los caminos, a la eterna interrogación sobre lo que debe ser y para qué debe servir la literatura cuando, en la vida cultural de los pueblos, se instala el sentimiento inquietante de que, no habiendo aparentemente dejado de ser, manifiestamente dejó de servir.

Aunque el determinismo de la conclusión puede humillar ciertas vanidades literarias, más inclinadas de lo que aconsejaría la modestia a magnificar su papel en la República de las Letras y en la sociedad en general, pienso que no tendremos más remedio que reconocer que la literatura no transformó ni transforma socialmente al mundo, y que el mundo es el que transformó y va transformando, y no solo socialmente, a la literatura. Puesta así la cuestión, en términos simples se objetaría que después de que nos hayan cerrado los caminos, vienen ahora a cerrarnos las puertas, y que encerrado en este círculo, sobre todo vicioso y perverso, nada más le quedará al escritor, como tal, que trabajar sin esperanza de venir realmente a influenciar en la vida de su época, limitado a producir los libros que la necesidad de diversión de la sociedad, sin su parecer, le va encargando, y con los cuales se van a satisfacer él y ella, o, en el caso de haber sido contemplado con una porción suficiente de genio, en su escasa distribución por el cosmos, escribir obras que su tiempo comprenderá mal o le será hostil, dejando al futuro la responsabilidad de un juicio definitivo que, eventualmente seguro y justo en ese caso específico? desembocará, infaliblemente, en errores de apreciación cuando, hecho ya presente, sea llamado a pronunciarse sobre las obras contemporáneas. En verdad, el escritor cuando escribe no se encuentra solo, está también rodeado de oscuridad, y creo que no abusaré de mi limitada facultad.

de imaginar si digo que hasta la propia luz de la obra (poca o mucha, todas la tienen), lo ciega. De esta particular ceguera no lo podrá curar ninguna crítica, ningún juicio, ninguna opinión, por más fundamentos útiles que se le presenten, ya que son emitidos, todos ellos, desde otro lugar.

¿En qué quedamos entonces? Si las sociedades no se dejan transformar por la literatura, aunque esta en alguna que otra ocasión, pueda haber tenido en las sociedades alguna influencia superficial, o si por el contrario, es la literatura la que se encuentra permanentemente acosada por sociedades como son estas de hoy, que no le exigen más que las fáciles variantes de una misma anestesia del espíritu que se llaman frivolidad y brutalidad, ¿cómo podremos hacerlo nosotros, sin olvidar las lecciones del pasado y las insuficiencias de una reflexión dicotómica que se limitaría a hacernos viajar entre la hipótesis, nunca satisfactoriamente verificada, de una literatura, esta otra, que no parece ser capaz de hacer más que recoger los destrozos y enterrar las víctimas de las batallas sociales? ¿Cómo podremos nosotros, insisto, aunque provocando la burla de las futilidades mundanas y el escarnio de los señores del mundo, volver a un debate sobre la literatura y compromiso, sin que parezca que estamos hablando de restos fósiles?

Espero que no falten respuestas a esta pregunta y que cada una de ellas o todas juntas, puedan hacernos salir del doloroso y resignado parálisis de pensamiento y acción en que parecemos complacernos. Por mi parte, me limito a proponer, sin más rodeos, que regresemos al Autor, a esa concreta figura de hombre o de mujer que está por detrás de los libros y sin la cual la literatura no sería nada, no para que nos diga cómo escribió sus grandes o pequeñas obras (lo más cierto es que él mismo no lo sepa), no para que nos eduque y nos guíe con sus lecciones (que muchas veces él no es el primero que las

sigue), sino, simplemente, para que nos diga quién es, en la sociedad que, él y nosotros, somos, para que se muestre todos los días como ciudadano de este presente, aunque, como escritor, piense estar trabajando para el futuro. **E**l problema no está en que, supuestamente, se hayan extinguido las razones y las causas de orden social, ideológico o político que, con resultados estéticos tan variables en cuanto a las intenciones, llevaron a lo que se llamó literatura de compromiso, en el sentido moderno de la expresión; el problema está, más crudamente, en que el escritor, regla general, ha dejado de comprometerse y que muchas de las teorizaciones en que hoy nos dejamos envolver no tienen otra finalidad que constituirse como escapes intelectuales, modos de ocultar, a nuestros propios ojos, la mala conciencia y el malestar de un grupo de personas (los escritores) que, después de haberse observado a sí mismos, durante mucho tiempo, como luz divina y farol del mundo, añaden ahora a la oscuridad intrínseca del acto creador, las tinieblas de la renuncia y de la abdicación cívicas.

Después de muerto, el escritor será juzgado según aquello que hizo. Reivindiquemos, en cuanto está vivo, el derecho de juzgarlo por aquello que es.